

VIDA Y OBRA DE FELIX URABAYEN

POR

LUIS S. GRANJEL

EL HOMBRE

Conozcamos, primero, al hombre cuya obra ha de ser sometida a examen en este ensayo. Tal conocimiento lo hace posible la información ofrecida generosamente por la esposa (1), los datos que me ha facilitado el doctor Sancho de San Román, cuyo padre y otros familiares fueron amistad íntima, en Toledo, de Urabayen, el material autobiográfico que contienen sus libros y finalmente algunos trabajos sobre el escritor, en especial el de Joaquín de Entrambasaguas (2), no obstante contener éste errores que aquí se rectificarán.

Félix de Urabayen y Guindoerena nació en Ulzurrun, en el valle del Olo, Navarra, en 1884; la familia, de condición humilde, la componían con los padres dos hermanos: Félix y Leoncio, este último historiador y autor de la novela *El dique* (Pamplona, 1924), atribuida por Entrambasaguas a Félix Urabayen. El padre, Bonifacio Urabayen, que fue lugarteniente del general Moriones, desempeñó algún tiempo un modesto destino en la Diputación Foral de Navarra. En Pamplona iniciaría Félix Urabayen su formación escolar, siendo su primer maestro don Félix Serrano, luego convertido en personaje de su novela *Toledo. Piedad* con el nombre de Sócrates de Moquirriain. Concluida la carrera de Magisterio ejerce esta profesión en algunos pueblos navarros y más tarde ingresa como profesor de Escuelas Normales, siendo destinado a Castellón de la Plana. Fue nombrado profesor numerario de la sección de Letras en la Escuela Normal de Toledo el 1 de julio de 1913; en esta ciudad, a la que iba a quedar vinculada, para siempre, su existencia, contrae matrimonio con doña Mercedes de Pricde, también profesora en la Normal toledana. Du-

(1) MERCEDES DE PRIEDE: *Notas y recuerdos para una posible biografía de Félix Urabayen (1884-1943)*. Agradezco a la esposa de Urabayen el haber podido leer y utilizar el manuscrito de este trabajo. También me complace expresar mi gratitud al doctor Rafael Sancho de San Román por la información proporcionada en cartas y conversaciones; noticias, las suyas, particularmente valiosas para rehacer el humano talante de Urabayen y poder interpretar sus novelas toledanas.

(2) J. DE ENTRAMBASAGUAS: «Félix Urabayen»; *Las mejores novelas contemporáneas*, IX, 337-67, Barcelona, 1963.

rante un tiempo estuvo Urabayen de profesor en la Escuela Normal de Badajoz; este alejamiento fue breve, pues habiendo obtenido plaza en la Normal de Granada permuta con don Pablo Cortés y Faure y puede retornar a Toledo, donde toma posesión de su puesto académico el 19 de septiembre de 1921. Urabayen es nombrado director de la Escuela Normal de Maestros el 23 de mayo de 1931 y en el mismo año, el 29 de diciembre, se le ratifica en el cargo tras llevarse a cabo la fusión de las normales masculina y femenina.

Urabayen, en Toledo, se familiarizó pronto con el rico pasado de la ciudad; conoció su riqueza monumental y artística, se sintió atraído por el encanto de su escenografía urbana. Por esta faceta de su existencia se impone, salvadas, naturalmente, diferencias evidentes, comparar la vida de Urabayen en Toledo con la de Unamuno en Salamanca. En ambos casos el azar de un destino académico trae a un intelectual vasco, vizcaíno o navarro, a la España castellana, a Salamanca o a Toledo; y como en Unamuno en Urabayen, en Salamanca y en Toledo la ciudad los capta y enhechiza; también en ambos la ligazón íntima, indestructible, con el ropaje arquitectónico y la historia de la ciudad se acompaña de una actitud crítica, disconforme, con la diaria realidad de la vida que en ellas tiene su escenario. Como en Salamanca Unamuno, Urabayen en Toledo, donde ha creado su hogar, comparte interesado la existencia municipal de la ciudad. Llegó a Toledo, recuérdese, a los veintinueve años; en la ciudad vivirá hasta el verano de 1936; en Toledo transcurren, en suma, veintitrés años de su existencia, no contando los meses de su estancia en Badajoz; son aquellos años, los de madurez, en los que hace realidad su obra literaria.

En Toledo su carácter, sus ideas y opiniones, en ocasiones bien crudamente expuestas en el cuerpo de sus libros y en trabajos periódicos, hicieron que Urabayen suscitara recelos, vivas antipatías, tanto en el limitado ámbito académico donde desarrolla el quehacer docente como en el mundillo, más amplio y diverso, de la ciudad. Pero tuvo también amistades fieles. Urabayen, así lo recuerda la esposa, se acopló prestamente al ambiente intelectual y artístico toledano; tuvo por amigos a pintores, ceramistas y escultores, a rejeros y damasquinadores, y algunos de estos artesanos y artistas aparecen, cobrando existencia libresca, en su mundo literario. El círculo de amistades de Urabayen es lo suficientemente amplio para englobar también a canónigos y magistrados; con los primeros gusta pasear a diario por rincones recoletos, por el Tránsito o la Vega Baja. Gran andarín, como Unamuno, le agrada dar largos paseos, sobre todo en las primeras horas de la mañana.

Los más íntimos amigos de Urabayen son los componentes del grupo conocido en Toledo como «los del Entierro del Conde de Orgaz»; hacen número en él José Sancho Adellac, catedrático del Instituto y compañero de pensión de Félix Urabayen, y don Ventura Reyes, también profesor en el instituto toledano, políglota y poseedor de saberes realmente enciclopédicos. Otros miembros del grupo fueron el doctor Ramón Delgado, cirujano de profesión; el crudito don Francisco de San Román, que dirige las excursiones por la provincia; Angel Vegué Goldoni y un aristócrata toledano apellidado Ledesma. Don Ventura Reyes fue el primer guía de Urabayen en su conocimiento de Toledo. Varios de estos compañeros suyos son nombrados por el novelista en las *Estampas* que recogen el recuerdo de sus correrías por tierras toledanas; otros, ahora convertidos en criaturas de ficción, adquieren nueva vida en el mundo de sus novelas.

De modo me atrevo a decir que inevitable, lo afirmo teniendo en cuenta la pasión política que prendió en la casi totalidad de la sociedad española tras el período de gobierno personal del general Primo de Rivera, Urabayen, acaso sin desearlo, acabaría haciendo manifestación de sus preferencias ideológicas; primero estuvo al lado de los intelectuales integrantes del grupo titulado *al servicio de la República*; más tarde su amistad con Azaña, a quien dedicó una de sus novelas, le forzó a aceptar un papel en la consulta electoral de 1936. La iniciación de la contienda civil le sorprende en Toledo, donde el mismo 18 de julio daba remate a la redacción de la novela *Don Amor volvió a Toledo*. Urabayen no tuvo, como ocurrió a tantos, conciencia clara de lo que iba a suponer en la vida española, que entonces se iniciaba; como escribe la esposa en su semblanza del escritor,

la actitud de Urabayen era la del hombre de la calle, ajeno a los problemas políticos; de los que dicen *se va a armar la gorda* sin creer realmente en ello ni sospechar que la famosa *gorda* se había armado ya.

La postura de Félix Urabayen, comprensible en un hombre que nunca antepuso a su propio código moral prejuicios ideológicos o imposiciones políticas, fue la de quien no puede autorizar con su silencio la violencia, lo que le creó una situación difícil obligándole a abandonar Toledo, la ciudad amada a la que no había de retornar; desde Madrid marchó a Alicante y más tarde encuentra refugio en Pedreguer, pueblecito alicantino donde pasa hambre y calamidades y guardó silencio negándose a colaborar en empresas de propaganda organizadas por la Casa de la Cultura de Valencia; también rechazó la

invitación que le transmitiera el embajador de México para que en su país desarrollara actividades pedagógicas.

Al concluir la guerra retorna con sus familiares a Madrid y aquí es detenido por un policía toledano y encarcelado el 26 de abril de 1939; en la prisión de Conde de Toreno convive con intelectuales y artistas, en buen número antiguos amigos y conocidos; penalidades y sufrimientos agravan su dolencia, un cáncer de pulmón. Como para tantos otros españoles de su generación, de todas las ideologías, la guerra impuso a su existencia un triste final; «la idea de la muerte le perseguía a todas horas», cuenta la esposa. Urabayen fue puesto en libertad en el mes de junio de 1942; retornaba al hogar para morir, pues su existencia se quebró pocos meses más tarde, el 8 de febrero de 1943.

¿Cómo era el hombre Urabayen? He aquí el retrato que de él traza su esposa:

Físicamente Urabayen era un hombre flaco, desgarbado, más bien pequeño, con un pronunciado tipo vasco; esos vascos pintados por Arrúe: nariz larga, nuez pronunciada, boca algo hundida y ojos grises, pequeños, penetrantes; el tipo clásico en fin que suele verse en las romerías vascas retratado por el genial dibujante.

Gustó Urabayen de los atavíos bohemios; usaba chalina de gran lazo, siempre negra con moteado blanco o rojo; alternaba la boina con los sombreros grandes, de fieltro aterciopelado; le atraían los chalecos vistosos, vestir, en suma, prendas llamativas. Con este atuendo lo perpetuó el caricaturista Bagaría. En su carácter destacaban algunas fobias, entre ellas un temor casi patológico a las tormentas. Los que le trataron recuerdan también su avaricia; «parecía mixto de vasco y judío», ha dicho alguien de él. Su tendencia a contemplar, de las gentes y en las situaciones el flanco cómico, y su propensión, que siempre le dominó, a rubricar tales hallazgos con una frase o un comentario mordaces, ayudó a suscitar contra él la animadversión de muchos. Gran charlista, en las conversaciones sabía hacer uso de su amplia cultura; «pontificaba sobre cualquier tema», dice de él la esposa, y añade: «de ayudaba su voz llena, algo bronca y potente, en contraste con su cuerpo flaco y desmedrado».

Estas peculiaridades de su carácter se comprende no podían favorecer su aclimatación a una sociedad provinciana y burguesa; sigo escribiéndome al testimonio de la esposa:

no era simpático Urabayen en la acepción corriente que se da a esta palabra. Por *epatar* a los oyentes era capaz de perder un amigo. Luego entonaba el *mea culpa*, pero ya no tenía remedio;

la esposa suma a esta confidencia la siguiente anécdota reveladora:

En cierta ocasión discutía en un gran corro del casino sobre un asunto cualquiera, y Urabayen, que siempre quería decir la última palabra, resumió el caso con éstas: «Después de todo, señores, aquella tolvanera que se veía a lo lejos, para Don Quijote eran ejércitos y para Sancho, rebaños.» La cosa hubiera terminado aquí, pero un contertulio, dándose las de avisado, se le ocurrió replicar: «Por supuesto, nosotros somos los Sanchos y usted Don Quijote.» A lo que respondió Urabayen, levantándose: «No, amigo mío; ustedes son los que levantan el polvo...»

Esta corteza de ironías, que suele ser casi siempre, para quienes con ella se arropan, ante todo defensa de una intimidación en exceso sensible, debió provocar y alimentar un distanciamiento de la sociedad en que se encontraba inmersa su existencia cotidiana, como lo prueba el hecho de que siendo él persona inclinada a tutear a todos, nadie lo hiciese con él, ni siquiera amigos y familiares.

Ideológicamente, como tantos intelectuales de su tiempo, Félix Urabayen fue liberal, preferencia que le llevó a aproximarse a ciertos grupos de la izquierda política española; fue también tildado de anticlerical; en opinión de su esposa, Urabayen era hombre «creyente, pero no practicante; su amplitud de ideas le acercaba a todos los medios sociales». Si antes lo calificué de liberal es porque me consta que las diferencias políticas nunca fueron en él traba para que fraguase la compenetración humana y sobre ella asentaran sus más firmes amistades. Este liberalismo de Urabayen, el mismo del que hizo elogio Gregorio Marañón, no podía ser entendido en la agria situación vigente durante los años que antecedieron a la contienda civil, y menos aún, era natural, en los primeros años de la posguerra, y a ello ha de atribuirse cuanto él mismo y sus familiares tuvieron que vivir a partir de 1939.

EL ESCRITOR

Félix de Urabayen inició en fecha relativamente tardía de su vida el quehacer literario; sus primeros ejercicios de escritor fueron colaboraciones periodísticas, esporádicas, que no autorizaban a vaticinar el nacimiento de una auténtica vocación; surgió ésta residiendo ya en Toledo y el éxito, no esperado, que acompaña a la edición de su pri-

mer libro anima a Urabayen a cultivar, ya asiduamente, el oficio de escritor; tiene en este momento treinta y seis años.

La producción literaria de Urabayen la integran trece volúmenes, de ellos ocho de novela, dos de narraciones breves y tres que reúnen parte de su labor periodística. Las novelas de Félix Urabayen se publican, hecha excepción de un título, en el transcurso de dieciséis años, entre 1920, fecha en que edita, en Badajoz, la novela *Toledo. Piedad*, y 1936, cuando aparece *Don Amor volvió a Toledo*; entre ambas obras publica *La última cigüeña* (1921), *Toledo, la despojada* (1924), *El barrio maldito* (1925), *Centauros del Pirineo* (1928) y *Tras de trotera, santera* (1932); la segunda edición de *Toledo. Piedad* (1925) y las restantes novelas, no contando la última de las nombradas, fueron editadas por Espasa-Calpe en su Colección Contemporánea. En los años de la guerra civil escribió Urabayen su último libro, *Bajo los robles navarros*, editado en la Colección Austral en 1965, a los veintidós años de la muerte de su autor. De *El barrio maldito* se hizo traducción al francés en 1932.

En la tercera serie de los Cuadernos Literarios, colección que dirigía Domingo Barnés, aparece en 1926 su narración breve *Vida ejemplar de un claro varón de Escalona*; pone remate al volumen una semblanza de Urabayen que firma Enrique Díez-Canedo; el relato citado pasó a formar parte, con otras cinco narraciones cortas, de la obra *Vidas difícilmente ejemplares*, editada por la Biblioteca Atlántico en 1930 y reimpresa, al siguiente año, en la colección Novelas y Cuentos. En la revista *Toledo*, en 1925, inicia Félix Urabayen la publicación del trabajo «Cómo han visto Toledo y su paisaje algunos escritores del siglo XIX»; lo concluyó en 1932 en el diario madrileño *El Sol*, ahora con el título «Nobles, discretos e ilustres viajeros». En el periódico *El Sol*, llevado a él por la amistad que le unió a su director, Urabayen colabora también con una serie de «Estampas toledanas», en total más de ochenta artículos, publicados entre 1925 y 1936, con los que compuso, haciendo una selección de aquellos trabajos, los volúmenes *Por los senderos del mundo creyente* (1928), *Serenata lírica a la vieja ciudad* (1929) y *Estampas del camino* (1934), los tres editados por Espasa-Calpe y al igual que las novelas en su Colección Contemporánea. La destrucción del hogar toledano de Urabayen durante la guerra civil ocasionó la pérdida del manuscrito de su novela *Como en los cuentos de hadas*, cuya redacción iniciara en 1930; en ella retrató el Madrid de los años que antecedieron al derrocamiento de la monarquía, concediendo vida libresca sobre tal escenario a intelectuales y escritores bien conocidos, entre otros a Ortega y Gasset, Valle-Inclán, Pérez de Ayala y Ramón Gómez de la Serna.

La producción literaria de Félix Urabayen es fruto directo de su vinculación afectiva a dos paisajes bien dispares: la tierra nativa y la Castilla toledana. Sólo dos obras escapan a esta limitación geográfica: *Tras de trotera, santera*, cuyo argumento se desarrolla en Madrid, y *La última cigüeña*, en la que su autor rehace el recuerdo de su estancia en Badajoz. Gran lector, buen conocedor de la literatura clásica, interesado por temas filosóficos e históricos, este rico bagaje cultural lo hace patente Urabayen en su labor de escritor, imponiendo a su literatura un peculiar cariz que hace muy semejantes todos sus libros, pues le lleva a combinar en ellos con la pura ficción novelesca o la descripción ambiental, recreaciones históricas y teorizaciones de muy vario tema.

Antes de abordar el examen de la producción literaria de Félix Urabayen preciso se hace explicar la relación que su autor mantuvo con los escritores de su tiempo. Por edad Urabayen perteneció a la generación que sigue a la de la regencia; en la promoción de Félix Urabayen hicieron número, entre otros, Ortega y Gasset y Marañón, Gabriel Miró, Pérez de Ayala y Ramón Gómez de la Serna, los segundones del «modernismo» y los novelistas que tuvieron por maestros a Felipe Trigo y Eduardo Zamacois. Con la mayor parte de estos escritores no tuvo relación personal Urabayen. A Gregorio Marañón lo trató en Toledo y se sabe escribió sobre su cigarral cinco artículos que no llegó a publicar. En sus visitas a Madrid acude a reuniones de café y en ellas tuvo lugar su encuentro con Valle-Inclán y Antonio Machado. En un cafetín de la glorieta de Bilbao hace tertulia con Félix Lorenzo, entonces director de *El Sol*. Interesa destacar el alto aprecio en que tuvo la obra novelesca de Blasco Ibáñez y su devoción por la novelística galdosiana. Urabayen consideraba a Pío Baroja como el mejor escritor de su tiempo; razones personales impidieron la relación entre ambos; en muchas ocasiones, recuerda su esposa, se encontraron en librerías de lance madrileñas; se conocían de vista pero no llegaron a hablarse;

Baroja—apostilla la esposa—era un tímido y Urabayen un orgulloso y los dos esperaban que fuera el otro quien diera el primer paso.

Merecedora de comentario es la actitud adoptada por Urabayen ante los escritores *noventayochistas*. Fue lector de Ganivet, de Costa y Macías Picavea y más tarde de Senador Gómez; en sus obras creyó hallar el planteamiento de los problemas de España que afirmó no encontrar en el regeneracionismo *noventayochista*. Lo dicho anticipa el carácter crítico que informa la postura de Félix Urabayen ante los más ilustres miembros de la generación que antecedió a la suya. En

su primera novela, *Toledo. Piedad*, el autor encomienda a un personaje del relato, el periodista Roger, formular un juicio negativo sobre el credo ideológico defendido por los *noventayochistas*.

Roger individualiza tres generaciones, que rotula con la cifra de tres años (1868, 1898 y 1918) en los que acaecieron para España y en Europa sucesos decisivos, y añade, sin disimular la mordacidad de su comentario, refiriéndose a los hombres del noventa y ocho:

A mí... me da mucha pena el final de estos Sénecas de calderilla. Intentaron echar a pique algunas naves carcomidas, y tanto afán pusieron en su empeño, que, perdidas ya las fuerzas, naufragaron al intentar ponerse a salvo. Unos acabaron agarrándose a la canoa del Parlamento, que tiene vía de agua hace tiempo; otros desembarcaron en nuestras grandes rocas, en esa educadora prensa de perra chica. Y algunos Sísifos siguen lamiendo la mano extranjera y ladrando contra esta atontrada nación que les engorda. Ellos se comieron a los del 68; pues bien, nosotros, los del 18, nos desayunaremos con la confitería europeizante del 98. Ellos llamaron pesados a nuestros abuelos; pesados o no, tienen un sabor muy español los del 68. Por eso serán eternos. En cambio, ellos tienen sabor francés, ruso y qué sé yo cuántos sabores más.

Con su elogio a Galdós, implícito en esta exaltación de los escritores del 68, que reiteró en otros lugares de su obra, Urabayen se anticipa a una rehabilitación literaria que en 1920 pocos se hubieran atrevido a vaticinar. Retorno, consumado el inciso, al episodio de *Toledo. Piedad* a que antes aludí. Cuando un interlocutor del periodista Roger defiende a los *noventayochistas* por haber sido los descubridores de Castilla, replica el personaje con renovadas invectivas a las que pone remate con esta frase, lanzada como imprecación: «¡No me habléis de la farsa del noventa y ocho...!»

El calor con que Urabayen manifiesta su disconformidad ante los *noventayochistas*, el que en una ocasión llegara a confesar que tal animadversión era una de sus fobias, encubre, a mi juicio, una desilusión; los *noventayochistas* abandonaron muy pronto, sabido es, su juvenil afán regenerador; esta renuncia al empeño reformador, su retorno al quehacer propiamente literario, en algunos, también, la traición a los ideales primero defendidos, es lo que Urabayen no les perdona, y con ello, realmente, va a poner en evidencia lo que en sí mismo, en su humano talante y en sus preferencias hay de *noventayochista*.

El propósito regenerador está presente en sus dos primeras novelas; en *Toledo. Piedad* su protagonista, contrafigura del autor, cuando retorna de Castilla a su Pirinco nativo elabora la idea de convertirse en promotor de industrias capaces de modificar la adusta y mí-

sera faz de las tierras de España; tiene hasta programa, un proyecto basado en la construcción de saltos de agua, propósito éste que reelabora, con mayor pormenor en los detalles, en la novela *La última cigüeña*, hasta el punto de que tal teorización le valió a Félix Urabayen las felicitaciones y la amistad del ingeniero navarro Huici. El tema de la transformación nacional por el desarrollo industrial y el aprovechamiento de las fuentes naturales de riqueza reaparece en *Toledo la despojada* y años después en *Don Amor volvió a Toledo*, es decir, en las novelas donde Urabayen expresa literariamente su vinculación a Castilla. *Noventayochista* lo es también Félix Urabayen por su total compenetración con las tierras que son corazón de España, sobre todo con Toledo, la ciudad descubierta literariamente por Baroja y Azorín. Razones que apoyan esta hipótesis las ofrece, asimismo, el modo como Urabayen rehace, en sus libros, la tradición histórica y cultural española en sus descripciones toledanas y como ejemplo bien concreto su interés por *el Greco*.

Escasa fue la atención que la crítica dedicó a las obras de Urabayen en las fechas de su publicación; hablaron con elogio de sus libros, entre otros, Enrique Díez-Canedo y Gómez de Baquero, César Barja, Luis Bello y Miguel Pérez Ferrero. Tras la contienda civil el silencio sobre Urabayen ha hecho que prácticamente sea escritor hoy desconocido, y que resulte poco certero el juicio que de su obra emiten incluso buenos conocedores de la novelística española como Eugenio de Nora, Gonzalo Torrente Ballester y Joaquín de Entrambasaguas, este último autor de una semblanza de Félix Urabayen que encabeza la reimpresión de la novela *Don Amor volvió a Toledo*, hecha por él en el noveno volumen de la serie «Las mejores novelas contemporáneas».

TOLEDO COMO TEMA

Notorio, y merecedor de comentario, es el predominio del tema toledano en la obra literaria de Urabayen; Toledo, la ciudad, su pasado y quienes la habitan ofrecen escenario, trama argumental y personajes a sus tres mejores novelas: *Toledo. Piedad, Toledo la despojada* y *Don Amor volvió a Toledo*. La misma realidad, ciudadana e histórica, ampliada ahora a las tierras y villas de su provincia, son asimismo tema casi único de su labor periodística, en parte reunida, queda dicho, en los volúmenes *Por los senderos del mundo creyente, Serenata lírica a la vieja ciudad* y *Estampas del camino*. Y por las razones que se aducen hay que sumar a las obras citadas el relato «Vida

ejemplar de un claro varón de Escalona» y la casi totalidad de las narraciones que integran, con la mencionada, el libro *Vidas difícilmente ejemplares*. La explicación que este hecho pide la ofrece la total compenetración de Félix Urabayen con la ciudad a la que le llevó, joven todavía, un destino académico. Escribió Urabayen en 1936, cuando está muy próximo ya su definitivo alejamiento de la ciudad (3):

Destila Toledo ese aroma enervante característico de las ciudades vetustas, que obra como befeño sobre las voluntades, adormeciendo el espíritu y anquilosando el cuerpo. Un individuo normal que cruza por vez primera Bisagra o Alcántara, si permanece tres meses en Toledo, ya no se mueve jamás.

Conozcamos ahora, en su estructura, las tres novelas toledanas de Urabayen.

El primer título de esta trilogía, fruto inicial de su quehacer como escritor, es la novela *Toledo. Piedad*. Protagoniza el relato Fermín Mendía, un vasco con casa solariega en el valle del Baztán en quien no es difícil reconocer la personalidad del propio Urabayen; la figura femenina de la narración, Piedad, es por su parte contrafigura de la esposa. Al margen de este componente autobiográfico, la novela incluye una interpretación de la tierra nativa, tema que luego se comentará, y el descubrimiento de Toledo, donde el protagonista es guiado por don Agustín de Montesclaros, personaje en quien rehace la estampa de su amigo don Ventura Reyes Prosper. Excelente es la descripción que en la novela se hace de Toledo; la interpretación de la ciudad compuesta por Urabayen combina, con innegable arte, el pasado, el presente, la leyenda y la realidad; la efusión lírica y el ingrediente erudito y humanista se mezcla a la reflexión irónica y a la crítica acerba. Resumiendo esta primera vivencia de la ciudad diagnóstica Urabayen: «Toledo es una ciudad de pasiones moras, de vestido judío y de alma cristiana»; en Toledo el vasco Urabayen descubre lo que España tiene de encrucijada de razas y culturas. A través de Toledo lo que realmente elabora Félix Urabayen es una imagen de la realidad española muy semejante a las que antecediéndole en el propósito compusieron los escritores *noventayochistas*.

Los principales personajes de *Toledo. Piedad* son reencarnación literaria de amistades toledanas de Urabayen; mencionada queda la identidad del personaje don Agustín de Montesclaros; el periodista Roger es Sancho Adellac, catedrático de Agricultura, escritor aficio-

(3) FÉLIX URABAYEN: *Don Amor volvió a Toledo* (edic. de 1936); prólogo, páginas 13-14.

nado y algo poeta; el escultor Calatrava es el pintor manchego Ángel Andrade; el padre de la protagonista funde el perfil de su propio suegro y la personalidad de Julio Pascual, el rejero toledano cuyo taller de San Juan de la Penitencia gustaba visitar Urabayen. Una singular criatura de la novela es don Ventura López, humilde capellán de monjas, hombre culto y algo chiflado a quien temían todos en la ciudad por su manía de inventar hallazgos eruditos que daba a conocer en folletos destinados a rebatir las opiniones de los miembros de la Academia de Toledo, despectivamente mencionados por el clérigo como *los de Argamasilla*; este mote, que encantó a Urabayen, lo utiliza el novelista con especial fruición, y ello suscitó contra él odios nunca perdonados. La redacción de *Toledo. Piedad* puede fecharse, según el testimonio de la esposa, hacia 1916; cuatro años mantuvo Urabayen inédito el manuscrito; su edición la realiza estando en Badajoz un impresor amigo suyo apellidado Arquero. La buena acogida que tuvo la obra, de la que hicieron mención elogiosa Gómez de Baquero, Díez-Canedo, Fernández Almagro y Cansinos Assens, decidió el porvenir de Urabayen como escritor. En la reimpresión hecha por Espasa-Calpe en 1925, el texto de *Toledo. Piedad* sufrió algunas modificaciones.

El 1 de abril de 1923 Urabayen pone fecha al original de la que yo considero su mejor producción literaria, la novela *Toledo la despojada*; dos partes y un epílogo componen el relato. En la primera, y en cuatro capítulos, dibuja con indudable maestría el pergeño de otras tantas criaturas, *las larvas* las llama, a las que confiere condición de símbolos de los más representativos estamentos de la sociedad toledana; para elaborar su estampa debió utilizar a personas que tuvieron existencia real, con las que convivió o mantuvo trato. La parte segunda de la novela, rotulada «La ciudad», desarrolla un enredo en el que son figuras principales los personajes dados a conocer al lector en la parte precedente, quienes harán víctima de sus pasiones y apetencias a doña Luz, la *Diamantisa*, figura femenina en la que Urabayen simboliza la propia ciudad, a Toledo, víctima como la criatura del relato de un despojo, y éste achacable a quienes en la ciudad habitan.

Con los valores literarios, indudables, que encierra la obra, la originalidad de su composición y la maestría que revela el trazado de los personajes, hay que destacar en *Toledo la despojada* la bien conseguida ambientación y en sus capítulos descriptivos el acierto con que en ellos el autor despliega ante el lector la escenografía urbana y le descubre la fusión que en la ciudad se da de pasados esplendores y miserias actuales. A la crítica inmisericorde mezcla Urabayen el apunte irónico y escorzos caricaturescos a los que recurre para zaherir

modos de existencia, actitudes, prejuicios y valores aceptados por la sociedad toledana en la que vivió incorporado y de la que fue, antes lo dije, atento espectador y censor acerbo. No faltan en la novela las digresiones eruditas y literarias, la teorización política y social, los testimonios, en suma, que denuncian la condición de intelectual, de hombre con amplias lecturas, del autor. A mi juicio *Toledo la despojada* no es sólo la obra más lograda de Urabayen, sino una de las mejores novelas españolas de la época.

Su empeño por captar el espíritu de Toledo, afán que le indujo a componer *Toledo. Piedad* y años después *Toledo la despojada*, empuja a Urabayen por tercera vez al tratamiento del tema, rotulando esta nueva creación libresca (*Don Amor volvió a Toledo*) con el rótulo ideado por su amigo Vegué Goldoni para una narración que no llegó a escribir. La novela de Félix Urabayen, integrada por dos partes y un prólogo, de estructura que recuerda a la utilizada en la composición de *Toledo la despojada*, narra la existencia de una familia toledana, la de los Meneses, de la que es miembro Leocadia, heroína del relato y símbolo, como doña Luz, de la ciudad. Las tres experiencias eróticas vividas por Leocadia Meneses, equiparables a los episodios que protagonizó en *Toledo la despojada* doña Luz, quieren ser expresión literaria de la posesión de la ciudad, sucesivamente, por las culturas judía, islámica y cristiana. Un trágico desenlace impedirá que Leocadia, es decir Toledo, sea liberada de su pasado. La fidelidad en las descripciones ambientales, el arte, indudable, que revela el dibujo de los personajes y el planteamiento de situaciones, la agilidad con que es llevada la narración, la ironía y el humor que encierra, también la hondura que confiere al relato su intención, son todos elementos que hacen de *Don Amor volvió a Toledo* una gran novela y confirman el dominio alcanzado por Urabayen en el uso de los recursos literarios. Como en las anteriores, también en esta tercera novela toledana sus personajes son, en alguna medida, trasunto libresco de seres con existencia real, afirmación ésta que resulta particularmente válida para el personaje don Inocencio Meneses, clérigo erudito, nueva reencarnación de don Ventura López y don Fortunato Campos, criaturas a las que se confiere vida, respectivamente, en *Toledo. Piedad* y *Toledo la despojada*.

Las tierras toledanas, sus villas y lugares, como la propia ciudad de Toledo, fueron tema que reiteradamente elaboró Félix Urabayen en sus colaboraciones periodísticas. En el volumen *Por los senderos del mundo creyente* se recogen con el amplio ensayo que presta título a la obra, y en el que ofrece una original explicación de la catedral toledana, descripciones bien logradas de los *cigarrales* y de sus visitas

a Bargas y Yepes, a Maqueda y Escalona. Los siete primeros artículos del volumen *Serenata lírica a la vieja ciudad* componen, sumados, una delicada estampa de la ciudad; los artículos de la segunda parte llevan al lector a un viaje por las villas de Polán, Gálvez, Navahermosa y Hontanar, Cubas de la Sagra, Almonacid, Consuegra, Ugena e Illescas; recorriendo las calles de Illescas, Urabayen funde con la explicación de la realidad contemplada el recuerdo histórico y también una mención a sus preferencias idcológicas y de sus admiraciones literarias; sobre el fondo de la villa toledana pasan ante el lector Sanz del Río, el solitario de Illescas; Fernando de Rojas, Cervantes y los creadores del teatro clásico; Baroja y Valle-Inclán, Ortega y Gasset y el doctor Marañón; cierra el desfile la figura de Giner de los Ríos. El tercer volumen de artículos de Urabayen, *Estampas del camino*, incluye una nueva serie de descripciones de Toledo y de los lugares con más rica tradición histórica de la provincia.

En estos escritos menores, como en sus novelas, Félix Urabayen se afana por plasmar, a través de su comprensión de Toledo, una personal visión de Castilla; confirma esta suposición el siguiente texto suyo: Castilla, dice en él (4),

es el espíritu atormentado de todas las razas que contribuyeron a crearla. Es una sombra doliente que ha elegido ya su rincón para acabar y lleva millones de años encomendándose el alma, entre tañidos de campana y lúgubres *de profundis*. Muchos exploradores recorren ya la llanura con la mirada codiciosa puesta en sus entrañas. El Norte la corteja; el Mediterráneo lucha por acercarse a lamerle los pies; el centralismo tiende a europeizarla, curándola de salvajes correrías. Y Toledo será quien guarde los restos sagrados de la hidalga Castilla.

Como los *noventayochistas*, a quienes por tantos aspectos de su espíritu se asemeja, también Urabayen se siente captado por el pasado histórico y cultural cuyo recuerdo aflora en la realidad que contempla;

a medida que uno envejece—confiesa recordando su visita a Yepes (5)—, es grato vivir algún instante junto a estos viejos testigos de nuestra energía muerta; reconstruir la desolación teológica que impregna el ambiente, la sordidez tradicional de sus hidalgos... Y es grato también soñar escuchando al atardecer el toque de queda, para vestir siquiera con venerables harapos nuestra prosaica alma moderna. Mirar hacia atrás. Vivir lo que ya fue. Anestesiarse el espíritu con perfumes que se han perdido. Dejarse arrastrar por la corriente de

(4) F. URABAYEN: «Porque todo ha de pasar...», *Estampas del camino*, páginas 146-47.

(5) FÉLIX URABAYEN: «La de los suaves melindres y los regios hidalgos», *Por los senderos del mundo creyente*, p. 194.

blancas gorgueras y brillantes tizonas que acabarán besando un crucifijo. No ser lo que somos hoy; pobres burbujas hinchadas por una vanidad de rascacielos.

Con el capítulo toledano, al que hay que vincular cuatro de las seis narraciones que componen el libro *Vidas difícilmente ejemplares*, la obra literaria de Félix Urabayen contiene dos novelas escritas en distintas fechas y que no guardan relación entre sí. La primera de ambas, *La última cigüeña*, fechada a 1 de abril de 1921, rehace el recuerdo de su estancia en Badajoz y se compone de una trama sentimental que protagonizan los personajes Juan Miguel Iturralde y Soledad Alvarado, el primero contrafigura del autor; al margen de este episodio, *La última cigüeña* incluye una certera reflexión sobre lo que era, cuando Urabayen la conoció, Extremadura, combinándose en esta teorización suya, muy al modo *noventayochista*, la rememoración histórica, el ingrediente crítico y la utopía regeneradora.

Tras de trotera, santera, fechada en agosto de 1932, es novela que por su factura, tema y ambientación resulta diferente de la total producción literaria de Urabayen. La obra, que dedicó a Manuel Azaña, reelabora ciertos aspectos de la vida social y política española, madrileña más concretamente, en los meses que antecedieron a la proclamación de la segunda República. La intención crítica del relato es manifiesta y ello, desde luego, resta valor literario a la narración. Para juzgar la obra preciso es tener en cuenta que en la versión editada Urabayen suprimió voluntariamente un capítulo, importante para hacer comprensible el comportamiento de ciertos personajes de la obra.

LA TIERRA NATIVA

Su vinculación a Toledo no hizo olvidar a Félix Urabayen las raíces vascas de su personalidad, el recuerdo de la tierra nativa. Como Unamuno, que también conservó en Salamanca la ligazón sentimental al paisaje vasco, Urabayen, en sus andanzas por tierras castellanas, cuando descubre un rincón umbroso, verde, rememora la imagen de los valles pirenaicos; escribe en el relato de una excursión a Arenas de San Pedro: «El hechizo de este trozo de Gredos es que vuelvo a rumiar mi égloga vascongada» (6).

La tierra nativa está presente bajo una u otra forma en la casi totalidad de las novelas y en bastantes de sus trabajos periodísticos; su paisaje y el modo de entender la vida y vivirla quienes lo habitan dan

(6) FÉLIX URABAYEN: «La sonrisa húmeda de Castilla», *Por los senderos del mundo creyente*, p. 266.

tema a una trilogía novelesca de Urabayen cuyo examen corresponde hacer ahora; se titulan estas narraciones las dos primeras *El barrio maldito* y *Centauros del Pirineo*; la tercera novela, *Bajo los robles navarros*, última obra del escritor, no se publicó, recuérdese, hasta 1965. El paisaje vasco, como fondo que acompaña al retrato del protagonista, está presente en las partes iniciales de *Toledo. Piedad* y *La última cigüeña*, y asimismo, con idéntico significado, en su obra, posterior, *Tras de trotera, santera*. Temas vascos son tratados en diez artículos, encabezados con el rótulo común «Estampas de mi raza», reunidos en la segunda parte del volumen *Estampas del camino*. La obra *Vidas difícilmente ejemplares* incluye la satírica semblanza de un hombre de negocios navarro, retrato en el que la intención crítica es evidente, y también la estampa, ésta incondicionalmente admirativa, de Iparraguirre («Vida ejemplar de un trovador misterioso»). Al presentar al lector a Fermín Mendía y Juan Miguel Iturralde, personajes centrales, respectivamente, de *Toledo. Piedad* y *La última cigüeña*, criaturas, ambas, en las que el componente autobiográfico es manifiesto, Urabayen realiza logradas descripciones de los valles del Baztán y del Roncal, de los recogidos paisajes que riega el Bidasoa, lugares que servirán de escenario asimismo a sus novelas vascas. En la primera, *El barrio maldito*, el autor convierte en tema literario el problema social planteado por los agotes que viven reclusos en Arizcun, en el barrio de Bozate; parte del relato discurre en Pamplona y en estos capítulos Urabayen utiliza los recuerdos de su vida en la capital navarra. *El barrio maldito* incorpora a la propia narración novelesca digresiones y comentarios del autor de interés para interpretar aspectos concretos de la vida campesina vasca. *Centauros del Pirineo* es la novela de los contrabandistas; también en ella Urabayen describe una realidad geográfica y social, un ambiente que conoció bien; Braulio Garmendía, protagonista de la novela, en su talante, recuerda al Zalacaín de Pío Baroja.

Para dar remate a esta aproximación a la personalidad humana y a la producción literaria de Félix Urabayen, resta sólo hacer referencia a su último libro, la obra que tituló *Bajo los robles navarros*; para entenderla es preciso recordar la circunstancia dentro de la cual fue escrita y también la intención y el tono con que se rehace lo que en ella expone Urabayen. *Bajo los robles navarros* es el fruto de una evasión; con esta obra, redactada durante la guerra civil, Félix Urabayen busca alejarse de una realidad que le abrumba; la huida, no podía ser otra, le lleva al mundo de su infancia, una vez más a la tierra nativa, pero ahora espoleado por un anhelo, dominándole una angustia que hasta entonces ignoró. María Rosa Urabayen, la hija, en la «Adver-

tencia al lector» escrita para encabezar la edición de la obra dice que *Bajo los robles navarros* es la «égloga del país que le vio nacer», un *poema de amor romántico*, y explicando los motivos que llevaron a su padre a escribirla, añade: «Urabayen tenía hambre. Hambre de paz, de silencio, de olvido, pero sobre todo de pan. Fue un escritor de evasión, como decimos ahora, que intentó anegar en los recuerdos de su infancia montañesa el horror desencadenado a su alrededor». A Urabayen la guerra le empuja a un imaginario retorno a la tierra nativa, añorante de una existencia libre de zozobras, a cubierto de los miedos irracionales, ignorante también de la experiencia del hambre, la que hace a Félix Urabayen, con ingenuidad que aquí resulta patética, rehacer en su novela el recuerdo de los pantagruélicos banquetes con los que la primitiva sociedad montañesa solemnizaba los momentos importantes de la vida comunitaria.

Bajo los robles navarros está dedicada por Urabayen a Antonio Machado, «a la memoria del último romántico», dice el ofrecimiento, y cada capítulo de la obra se encabeza con un verso del poeta. La leve trama del relato se desarrolla en Aritzondía, villa navarra pirenaica que oculta bajo este figurado nombre una realidad bien conocida del autor; protagoniza la narración Larumbe, molinero de Araquil, un verdadero bardo, cuya idealizada estampa recuerda la de Fermín Mendiá, el *versolari*, figura central de *Toledo. Piedad*. Ambas criaturas, al igual que otros personajes de Urabayen, encarnan no tanto el que fue su creador como quien deseó o soñó ser, y en todos se intuye el recuerdo de Iparraguirre, cantor de la raza y de la tierra, por quien Félix Urabayen mostró, lo dije ya, auténtica admiración. En el capítulo inicial de la obra hay una emotiva referencia personal que no quiero silenciar: «Nuestros primeros sueños—escribe allí Urabayen—se mecieron en una cuna de roble albar. Que nuestra última congoja quede encerrada para siempre en un ataúd de roble.» Hasta aquí la confidencia. A su criatura, a Larumbe, la muerte le llega en el verano de 1936 luchando ante Irún; a su creador le llegaría pocos años después, concluida ya la contienda, cuando convertido sin saber bien por qué en vencido, tras vivir la dura experiencia de la cárcel, recobró la libertad para morir.

LUIS S. GRANJEL
Cátedra de Historia de la Medicina
Universidad de Salamanca
Fonseca, 2
SALAMANCA